

—Y yo también, repuso Alfonso.

Ernesto fijó una observadora mirada en Alfonso, quien se había puesto en pie: el rostro del joven estaba encendido, hinchados los párpados, vidriosos los ojos, precipitado el aliento.

—Da unos pasos, añadió Ernesto.

El paso de Alfonso, aunque no tan ágil y regular como de costumbre, era aún seguro.

—Es mejor que también duermas, al menos una hora, allá te esperamos. Y tú, Pimpollo, agregó dirigiéndose á éste, ¿cómo estás?

Pimpollo, por única respuesta, dió un salto y un berrido y colocóse junto á Ernesto, como cabrito junto á la cabra madre.

—Estás bien, y con un poco de aire y de ejercicio estarás mejor. Vámonos, y dirigiéndose al mozo, díjole:

—Un cuarto para los señores.

V

Muy concurrida estaba la Alameda: las sillas de alquiler que ordinariamente lleva al paseo una empresa particular, porque no bastaban los bancos de fierro, con

asiento de madera, colocados á uno y otro lado de las banquetas, hállanse en su totalidad ocupados.

En el paseo vespertino de los domingos, generalmente, véanse en la alameda muy pocos coches. No es la ciudad de Zacatecas para vehículos de ninguna clase; la irregularidad del piso la angostura de la mayor parte de las calles y el declive, más ó menos pendiente de muchas de ellas, formadas en las faldas de las colinas, inutilizan el uso de las elegantes carretelas, que adornan los paseos públicos en otras ciudades de la República y aumentan el movimiento y el lujo. Hay pocos coches de familias acomodadas y éstas prefieren ir á pie á los paseos.

La tarde está hermosa: al través del espléndido follaje de los árboles que forman anchas calles, resplandece el limpio cielo; los rosales se inclinan cargados de flores; las fuentes, en artísticos juegos de agua, arrojan en alto el líquido en cristallinos hilos, que en la cumbre se deshacen en lluvia de brillantes gotas iluminadas por los rayos del sol poniente. El aire refrescado por la humedad del recién regado suelo, esparce el suave olor de la tierra mojada, y el murmullo de la festiva multitud, apagado unas veces, tumultuoso otras, vibra en las aéreas on-

das. Los chiclelos alborozados corren aquí y allá; éste arrastra un diminuto ferrocarril; aquel rueda un aro, el de más allá contempla sonriente un rojo y esférico globillo de goma que atado á un hilo sostiene en la mano contra el impulso del viento. Esta chiquilla va en un cochecillo que por detrás empuja la niñera, asida al respaldo que sobresale en forma de trapecio, y mientras ésta luce airosa el nacional rebozo y el blanco delantal, aquélla ensaya desde la infancia las maternales ternuras, arrullando en el regazo un rorro casi del tamaño de ella. Aquella otra niña, rizada y primorosamente vestida, adivinando por instinto su belleza y alta jerarquía social, aprende desde los albores de la vida la altiva actitud de las reinas de la moda y de la hermosura. Grupos de elegantes señoritas, con la animación de la juventud y la alegría de las ilusiones, descuellan entre la abigarrada concurrencia, los caballeros dan vueltas por las calles del paseo en contraria dirección á la que lleva el bello sexo, ora gozando de la común alegría, ora contemplando la variedad de hermosuras, ora, en fin, buscando solícitos la que aprisionó su corazón en la red de los femeninos encantos.

Ernesto y Pimpollo, cansados de dar

vueltas, han ocupado las sillas frente al kiosco, donde la banda del municipio toca una pieza cada quince minutos; un poco más adelante está Guillermo, también sentado, en compañía de un caballero de más que mediana edad, barba espesa y gris; al través de sus anteojos de barillas de oro resplandecen las escudriñadoras miradas de unos ojos negros. Es Don Germán Olivares, abogado de gran reputación. Este y Guillermo habíanse visto varias veces en el almacén del señor Minjares, con motivo de algunos negocios y habíán simpatizado. Era Don Germán hombre docto y de experiencia: en el ejercicio de su profesión había visto tantas y tan extrañas cosas, que se hizo desconfiado y semiescéptico, pero tenía un fondo de bondad que todos menos él conocían. Casóse muy jóven con una señorita de humilde linaje, pero de sólida piedad y no escasa belleza. Nególes Dios la ventura de tener hijos, y aunque se amaban con el firme cariño de buenos esposos, sentían un vacío en su hogar. Don Germán había enriquecido; pero como no tenía vicios, ni gastaba lujo, ni frecuentaba los espectáculos, ni se sabía que fuese caritativo, tachábanle generalmente de codicioso. No faltaba, sin embargo, alguno que otro que asegurase que cuanto ganaba

dábalo á los necesitados, especialmente á los pobres vergonzantes, pero que nunca aparecía él como autor de los beneficios que prodigaba, sino que valíase de un virtuoso sacerdote, á quien encargaba el más absoluto silencio acerca de las dádivas que por su conducto hacia. La generalidad no creía en tales aseveraciones, y si alguna vez llegaba á los oídos del abogado el público rumor que acusábale de avaro, jamás se defendía: callaba ó se sonreía ligeramente. Su pasión por el estudio era vehemente y reconocida por todos su erudición y talento.

La banda tocaba una rumbosa pieza del maestro zacatecano Don Fernando Villalpando, cuando Lupe y María Teresa aparecieron en la entrada del paseo, seguidas de Don Antonio y Doña Carmen.

Dos hombres de la plebe que charlaban cerca de la banqueta, quedáronse contemplando á las bellas jóvenes.

—Mira, "valedor," dijo uno al otro señalándolas con los ojos, ya se salieron los "manequises" del "Correo de México."

—Y tú, contestó el otro, que ni "huaraches" tienes.

Don Antonio y Doña Carmen celebraron la galante y oportuna ocurrencia, pues en aquellos días, la casa mercantil

de "Dokhelar Sucesor," había puesto en los elegantes escaparates de su almacén, dos primorosos maniqués lujosamente ataviados: una bellísima morena y una encantadora rubia.

Ernesto y Pimpollo se levantaron al divisar á las jóvenes y cortesmente las saludaron al encontrarlas. Pimpollo se desconsoló mucho: no iba allí su Lola ¿Dónde estaría?

—Probablemente el ogro, dijo al Lic. Cortés, no la ha dejado salir, temeroso de que en el vértigo de la pasión fuera á abrasarme delante de la gente.

—¿Y quién es el ogro?, dijo Ernesto riendo.

—Claro está, hombre, mi suegro.

—Mira, allá viene tu Lola, con su hermana y Mercedes y Anita Minjares.

Pimpollo abrió más los ojos y la boca, como si de ella necesitara para ver mejor y lanzó una exclamación de júbilo.

La nerviosa y traviesa joven se secretó con su compañera tan luego como divisó á Pimpollo y sonriéronse ambas.

—Ya me miró, ya me miró, exclamó Pimpollo: y ya me presentó verbalmente con su amiga.

En esos momentos los jóvenes llegaron frente á Lola y las Minjares y las saludaron. Pimpollo hizo una reverencia

que puso en peligro su espina dorsal y casi tocó el suelo con el sombrero. Lola contestó, como siempre, guiñando un ojo y sonriendo con afabilidad.

—¿Ya leiste "El Trabuco?" preguntó Mercedes Minjares á Lola.

—Sí, me han dado la "gran lata" con ponerme en primer lugar; pero veo en esto la mano de Pimpollo.

—A mí me pusieron en el sexto, dijo Concha, pero ya escribí un recado al editor del periódico para que en el acto suprima mi nombre; no quiero andar en letras de molde, ni para bien, ni para mal.

—Y aquella señorita tan linda, dijo Mercedes, que vive cerca de casa, y que llama la atención de cuantos la ven, ni siquiera figura en la lista, y debía ser, si no la primera, por lo menos una de las primeras.

—Pero esa señorita, dijo Concha, es pobre y modesta, y los concursos de belleza no se hicieron para esa clase de jóvenes.

—Si será cierto lo que dijo una vez en el púlpito el padre Basurto.

—¿Qué dijo?

—Que los concursos de belleza fueron inventados en satánico conciliábulo por los demonios de la vanidad, la envidia y el rencor.

—¿Qué padre Basurto tan falto de mundo! bien se conoce que él jamás obtuvo un voto en los concursos de belleza. Yo estoy entusiasmada, con los cuarenta y cinco que he obtenido, dijo Anita con la ingenua vanidad de la niña que pisa ya los linderos de la juventud.

Cuando María Teresa pasó junto á Guillermo, fijó en éste los ojos, y ambos sostuvieron por algunos momentos una intensa mirada, que no pasó desapercibida para Lupe. Don Antonio apenas saludó á Guillermo, éste se levantó y despidióse de Don Germán, con el objeto de dar vueltas.

María Teresa había invitado á Lupe al paseo, la amistad de las jóvenes, habiase estrechado más desde la tertulia de la víspera, y naturalmente expansivas por la edad, hablábanse con cariño y confianza.

—¿Le quieres mucho?, preguntó Lupe á María Teresa.

—Me agrada para novio, le contestó, tiene para mí un misterioso atractivo que no acierto á explicarte; pero no me decidiría á aceptar su mano.

—No te comprendo.

—Papá ha sabido darnos una posición muy elevada, y los matrimonios desiguales, casi nunca son felices.

—Guillermo es de buena familia, y aunque pobre, es honrado, trabajador y tiene mucho talento.

—Es, sobre todo, muy simpático; pero yo quiero por mi esposo á un hombre de ilustre cuna, de título profesional, de fortuna é influencia, que pertenezca á nuestra clase, á la "creme" de la sociedad; todo ésto sin dejar de ser muy guapo, como sin duda lo es Guillermo.

—Pero tú eres rica.

—Precisamente porque lo soy no hay igualdad.

Lupe bajó los ojos, y se quedó un rato pensativa.

—¿Por qué no prefieres, pues, á Ernesto? Tiene las cualidades que buscas.

—Pónle el alma de Guillermo, ó dá á éste las prendas sociales de aquél y el problema está resuelto.

—Crees entonces que Guillermo es muy bueno?

—No lo sé, ni he pensado en ello; pero él ve, habla y sonríe, como no ven, ni hablan, ni sonríen los demás hombres.

—¿Es verdad!

—¿Tú también lo has notado?

—Sí, contestó Lupe, con aparente indiferencia, temiendo que su amor la vendiera.

Ernesto y Pimpollo volvieron á encon-

trar á María Teresa y á Lupe, que pasaron junto á ellos sin mirarlos.

—Qué indiferente está la rubia, dijo Pimpollo; si no comprenderá que sólo por ellas has venido.

—¡Tonto! Las mujeres tienen una vista más perspicaz que la nuestra, y miran mucho más cuando parece que no ven.

—Cierto, muy cierto: A mí me dijo una vez mi Lola que leía en el fondo de mi alma, y tres veces seguidas me adivinó lo que estaba pensando; y en otra ocasión, que ella contemplaba las chucherías del escaparate de la mercería de "La Palma," creí que no me había visto, y al día siguiente me refirió lo que iba diciendo á mi acompañante, y hasta la clase de perfume que llevaba en mi pañuelo. No cabe duda, abogado; las mujeres ven, oyen y huelen como nosotros no podemos ver ni oír ni oler. ¡Esto es una maravilla!

—Al Lic. Cortés le agrada María Teresa, dijo Doña Carmen á su esposo.

—¿Te parece?

—Estoy segura.

—Ilusiones.

—Así se empieza. Y creo que también á Guillermo.

—Es natural: no ha de desagradarle la

fortuna de nuestra hija, formada en muchos años de asiduo trabajo.

—Ese joven no me parece interesable.

—Tanto peor para él si lo es. Conozco el carácter de mi hija, sabe estimarse á sí misma. Por condescendencia con Alfonso he abierto á Guillermo las puertas de mi casa; pero es necesario no depositar en él toda nuestra confianza. Acuérdate de su padre; fué un perverso que amargó los mejores años de mi vida, y si no hubiera sido por la justicia de mi pleito, me hubiera arruinado.

Alfonso y Perico entraban á la alameda, aturridos aún, ostentando en los rostros las señales de la intemperancia.

—¿Qué tanto dormiríamos?, preguntó Perico á su amigo.

—Calculo que serían dos horas, pues oscurece ya: la música toca las danzas de despedida. Fíjate mucho, y avísame si descubres á Lupe primero que yo.

—Allá viene con tu hermana.

—Voy con ellas, espérame.

—No seas imprudente, van con tus padres y éstos pueden conocerte que has tomado.

—Tienes razón, me contentaré con verla de lejos.

Al pasar Lupe con la familia Sifuentes, cerca de Alfonso, éste fijó la vista en

aquella; la joven casi sin levantar la suya, saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Tu novia es orgullosa ó demasiado fría, dijo Perico, apenas dignase de saludarte.

—Es que no se rinde aún; pero ya verás si triunfo: el dinero lo puede todo.

—¡Ah, ya lo creo, lo puede todo; absolutamente todo!

Había ya oscurecido, y los paseantes se desbandaban en grupos por las calles contiguas á la alameda.

—¿A dónde vamos?, preguntó Alfonso á Perico. ¿Vamos al teatro?

—Si quieres que nos divirtamos un rato, volveremos al Hotel: reúnen allí las más noches varios jugadores de "poker," juego que tanto te agrada. Cenamos, tomamos algunas cervezas, porque tengo una sed devoradora, y jugamos hasta las doce de la noche.

—Acepto, no podías haberme propuesto cosa mejor.

—¿Cómo estás de dinero?

—Bien, ¿y tú?

—Muy mal; préstame veinte pesos.

Alfonso sacó la billetera henchida de billetes, dió á su amigo uno de veinte pesos, y dirigiéronse presurosos al "Hotel Zacatecano."

VI

Al rededor de una mesa cubierta con verde carpeta, hállanse sentados Alfonso, Perico y dos hombres más: Esteban y Lorenzo, cuyo aspecto no inspira ninguna confianza. Uno de ellos, chico de cuerpo, carirredondo y panzudo, ha sido tallador desde los primeros años de su juventud; y el otro, viejo, de adusto ceño y cínica sonrisa, ha vivido siempre del juego. La atmósfera del cuarto es pesada y asfixiante por el humo de los cigarrillos, y está impregnada de fuerte olor alcohólico. Cada jugador tiene á la derecha, sobre la mesa, montoncitos de fichas blancas y rojas, y en el centro está un plato de metal con algunas de ellas. pues el ganancioso, en cada mano en que la ganancia no es pequeña, tiene que contribuir para los gastos del vino y pago de la casa, y al recoger la ganancia, quítanle sus colegas alguna ó algunas de las fichas para el plato. La ficha blanca representa un valor de diez centavos y de un peso la roja, y la apuesta mayor no puede exceder de veinte pesos. El viejo y el panzudo han reunido la mayor parte de las fichas.

La baraja en esos momentos está en

manos de Lorenzo, quien, mientras que reparte las cartas, dirige á Esteban una mirada de inteligencia. Toca hablar á Alfonso, saca un billete de cincuenta pesos, que cambia á Lorenzo por fichas, y sin disimular la emoción, exclama:

—Antes de pedir cartas, entren ustedes con cinco fichas rojas.

Todos aceptan.

—Cartas, dijo Alfonso.

—¿Cuántas?

—Una.

—¿Y tú, Perico?

—Dos.

—¿Tú, Esteban?

—También dos.

—Y yo tres, dijo Lorenzo.

—Cinco fichas más, exclamó Alfonso.

—Las quiero, y cinco más.

Todos juegan aquella interesante mano. Perico agotó sus fondos y recurrió á los de Alfonso. Cerrado el juego con el máximo de la apuesta, Alfonso gritó:

—“Poker” de reyes. Había ganado.

—Mira con qué he perdido, dijo Perico mostrándole cuatro sotas.

Todos lanzaron una exclamación de asombro.

Era la primera apuesta de importancia que ganaba Alfonso; pero no le desquitaba ni de la cuarta parte de lo perdi-

do. Con aquella ganancia animóse mucho. Eran ya las doce de la noche, hora con anterioridad fijada para retirarse.

—Vámonos, le dijo Perico.

—No, contestó Alfonso: es necesario aprovechar el cambio de la suerte.

—Como quieras.

Alfonso volvió á ganar la mano en que tocó repartir las cartas á Esteban; pero la ganancia fué insignificante. Después, todo fué pérdida para el rico joven que estaba jadeante, excitado, colérico.

Cuando por las hendeduras de la ventana entraba el resplandor primero de la matutina luz, la billetera de Alfonso estaba completamente vacía. Todos los billetes habían pasado á las carteras de Lorenzo y Esteban.

—Me voy, dijo el viejo, poniéndose en pie.

—Y yo también, dijo Esteban.

—Por mi parte, murmuró Alfonso, no estoy fatigado, y aunque he perdido cuanto dinero traía, si ustedes gustan continuaremos jugando: hoy mismo pagaré cuanto me ganen.

—Aceptaría de muy buena gana, dijo Lorenzo; pero tengo un negocio urgente para el arreglo del cual estoy citado á las siete en punto y son ya las seis y me-

dia. Si ustedes gustan, nos veremos esta noche á las nueve.

—¿En dónde?, preguntó Alfonso.

—Aquí mismo.

—Muy bien, entonces, hasta la noche.

—Antes de retirarnos, tomaremos por mi cuenta la última copa de hoy, dijo Lorenzo, y palmeando llamó al mozo.

—Líquida, le dijo, allí tienes en el plato lo del consumo y lo de la casa, trocado ya en dinero; ahora cámbiame las fichas por los lotes depositados. Esto para tí, añadió, poniendo en manos del mozo un billete de cinco pesos, y sirvenos unas copas de "cognac."

Poco después, Lorenzo y Esteban despidiéronse de Alfonso y su amigo.

—Esta noche les daremos á ustedes su desquite, les dijeron. Adiós.

—Hasta la noche.

Perico, que se sentía medio asfixiado por el humo de los cigarros aglomerado en la estancia, durante la noche, abrió de par en par las puertas del balcón, y la pieza se inundó de aire y de luz.

—¿Cuánto perdiste, Alfonso?

—No sé con exactitud, porque no recuerdo lo que había gastado en el día; pero calculo que serían dos mil pesos aproximadamente.

—Ya obtendremos el desquite.

—¡ Por supuesto! No siempre ha de estar la suerte al lado de esos malditos coïmes.

—¿Qué hacemos ahora?

—Voy á casa: papá baja al despacho á las nueve; no vaya á ocurrirsele asomarse á mi cuarto. Son las siete.

—Vámonos, pues, puedo aún dormir dos horas antes de ir al juzgado.

Alfonso dirigióse á su casa, sentía la cabeza pesada por la fatiga y el alcohol; estaba intensamente pálido, los ojos enrojecidos y cargados de sueño, las ojeras verdinegras, los párpados hinchados, los carrillos caídos, la boca seca y los ajados labios habían perdido el vivo color y la frescura.

Al llegar Alfonso á su casa, sólo el portero estaba en el zaguán; pero acostumbrado á ver, al señorito entrar y salir á la hora que le parecía, casi no se fijó en él.

Alfonso, nervioso y pensativo, dió unas vueltas en el corredor.

—Es preciso, se dijo, reponer las cantidades que he tomado, y reponerlas antes del balance, que ya se aproxima, y no tengo otra esperanza que sacarme la lotería ó ganar en el juego. He comprado treinta billetes. ¿Cómo no ha de to-

car el gran premio á alguno de ellos? Ea, adelante.

Dirigióse al despacho de Don Antonio, que estaba ya abierto y que en ese momento sacudía Benito, el mozo de toda la confianza de la familia. Alfonso entró silbando una cancioncilla, bien para disimular la angustia y turbación de su espíritu, bien para no infundir sospechas á Benito, á quien dijo con la mayor naturalidad posible:

—Benito, pídele á la cocinera una taza de café muy cargado.

Benito obedeció, y apenas había salido del despacho, Alfonso corrió á la caja, abrióla precipitadamente y sacó seis billetes de quinientos pesos cada uno; pero tuvo cuidado de tomarles de distintos paquetes, anteriormente contados, para que no se notase la falta en el corte de caja que diariamente se practicaba. Púsolos violentamente en su billetera, cerró la caja, procurando no hacer ni el más leve ruido, encendió un cigarro, sentóse en un sillón, cruzó la pierna, y cuando volvió Benito, el joven mecíase suavemente en el sillón austriaco, con la cabeza echada hacia el respaldo y contemplaba las espirales de humo que arrojaba en grandes bocanadas.

—Ya le dije, señor, murmuró Benito.

—Bien, si pregunta papá por mí, estoy en mi cuarto.

Benito, por única contestación, inclinó la cabeza.

Alfonso vertió un chorro de "cognac" en la taza de exquisito café de Uruápan, que le sirvió un mozo y concluido que hubo aquel irritante desayuno, desnudóse y se metió en la cama.

VII

Lupe, fatigada, deja de tocar el piano y va á sentarse cerca de su madre.

—Hija mía, le dice Doña María, no me has contado aún tus impresiones en el baile, lo que me parece muy extraño. Cuando yo tenía tu edad, al siguiente día de una fiesta estaba perezosa y locuaz. Todo mi gusto era hablar de cuanto había visto y oído; ó iba á la casa de algunas amigas ó éstas venían á la mía, con el único objeto de comentar la fiesta de la víspera. Nuestras conversaciones no versaban sobre otra cosa, y aunque seguramente no siempre acertadas y juiciosas, nos proporcionaban horas de agradable entretenimiento.

—Y, ¿nunca tuviste pensamientos tristes?

—Algunas veces estuve mortificada y sufrí; pero tú no conoces aún lo que son hondos pesares.

—Pues bien, mamá, yo estuve muy mortificada en esa fiesta.

—¿Por qué?

—Primero por lo que nos había dicho Guillermo respecto del señor Sifuentes; temí que no le recibiera con afecto.

—No le recibió mal.

—Es verdad; pero al través de su afectada cortesía, había algo más que frialdad, animadversión.

—Preocupaciones tuyas.

—No, mamá. En segundo lugar, mortificáronme mucho las galanterías de Alfonso, y su tenaz empeño en que le correspondiera un amor en el que no creo.

—Y ¿por qué no crees en su cariño?

—Porque quien ama el dinero y la posición social sobre todas las cosas, no puede amar á una mujer sin dinero y sin posición social.

—¿Qué dices? Es verdad que no somos ricos; pero nuestra estirpe puede competir con la de Alfonso y con la de otros más encumbrados que él. Tu padre, tu noble y virtuoso padre, perteneció á la flor y nata de la sociedad zacatecana,

y entre sus antecesores cuéntanse muchos sobresalientes en virtudes y letras, y según el árbol genealógico, que antaño me sabía de memoria, descendía en línea recta de uno de los más ilustres linajes de España. Por otra parte, ¿por qué juzgas codicioso y soberbio al hijo único de Sifuentes?

—Hoy, mamá, la noble estirpe, si ha laga la vanidad de muchos, nada puede contra el poder del oro, creador de la más temible, aunque ordinariamente falsa aristocracia; la virtud, vive escondida en el hogar, porque su sola presencia zahiere á los adoradores de la mundana soberbia. En la casa del señor Sifuentes, al través de una cultura que abrillanta la riqueza, crece y se desarrolla el orgullo con su salvaje poderío; quizá me equivoque y seré yo la primera en alegrarme de tal equivocación; pero esa es la atmósfera que se respira en esa casa, y la verdad mamá, no quiero que Alfonso me ame.

—Sí, esa es la verdad, se te conoce; y yo te diré, para tu bien, que no me disgusta que te quiera. Nuestro exiguo capital consiste en fincas, y cada día está más depreciado en esta ciudad, el valor de la propiedad urbana; no me gusta que trabajes tanto, y temo mucho por tu porvenir. No

soy codiciosa, lo sabes bien; pero el dinero, hija mía, si no constituye la felicidad, ayuda mucho á ella. Estoy vieja, por razón natural deben quedarme pocos años de vida, y mi más ardiente deseo es verte bien establecida antes que el soplo de la muerte apague la luz de mis ojos.

—Mamá, mamá; no me digas esas cosas, porque sufro mucho. Dios velará por nosotras.

Doña María fijó los ojos en su hija, y notó que una lágrima rodaba por sus mejillas.

—Dejemos este asunto, le dijo conmovida; vamos, distraete, toca algo.

Lupe hubiera deseado estar sola para desahogarse, pues hasta la presencia de las personas más queridas suele á veces ser dique contra el refrenado dolor. Paróse, se enjugó aquella lágrima de un aroma que no percibe el olfato; pero que aspira el espíritu, y sentóse al piano ya tranquila.

—¿Qué quieres que te toque?

—Los Silvanos, de la Chaminade.

Las diminutas y suaves manos de Lupe pulsaron el teclado con seguridad y destreza, y el instrumento vibró con dulcísimas notas.

Oíase, ya el canto de los genios de los

bosques, ya el viento entre las frondas, primero suave, después fuerte, y por último, impetuoso y arrollador. Lupe pensó en esos momentos que el huracán se llevaba lejos, muy lejos, todas las flores del vergel de sus ilusiones, y dió á las notas tanta ternura, expresión y verdad, que Doña María quedó estupefacta, y lloró, sin saber si aquel llanto era de satisfacción, de tristeza ó de cariño. Levantóse y abrazó y besó á su hija.

Apenas Lupe había acabado de tocar, cuando llamaron fuertemente á la puerta del zaguán: era el cartero. Paula salió corriendo, recibió la carta y dióla á la señorita.

—¿De quién es?, preguntó Doña María.

—No conozco la letra.

Lupe rompió el sobre de finísimo papel y leyó para sí el perfumado billete, que en el ángulo izquierdo de la parte superior ostentaba un monograma azul y plata con las iniciales A. S. Cuando acabó de leerlo, inclinó la cabeza con abatimiento.

—Apostaría que es de Alfonso.

—Sí, mamá.

—¿Qué te dice?

—Léelo, dijo Lupe, y dió el billete á Doña María, quien se puso los anteojos y leyó:

“Lupe:

Le he manifestado mi cariño con la mayor sinceridad y entusiasmo, y no creo que me juzgue falaz, usted, cuya bondad atrae, cuya hermosura cautiva y cuyo talento avasalla. El hogar con usted sería para mí anticipado paraíso; sea usted el ángel de ese hogar; por mi parte, le ofrezco lo que más puede desear una mujer en la vida: un corazón lleno de amor y de ternura.

Si la respuesta de usted me es favorable, pediré inmediatamente su mano.

Alfonso.”

—¿Contestarás?, preguntó Doña María á su hija.

—Sí, mamá; ¿qué quieres que conteste?

—Lo que gustes.

Lupe, sin hablar más, levantóse, dejó á su madre sola en la sala, entró en el cuartito que servía de asistencia y escritorio á la vez.

Doña María se quedó pensativa un rato, y después, por el movimiento de sus labios, conociase que murmuraba alguna oración. Lupe no tardó mucho en volver; parecía que todo lo había previsto, y todo tenía anticipadamente preparado. Con

voz tranquila y firme, leyó á su madre la respuesta.

“Alfonso:

Las bondadosas palabras de usted obligan mi gratitud; pero el deber me impone mayor obligación, la de ser sincera. No amo á usted, ni creo poder amarle; le estimo, y ofrezco á usted lo único que ofrecerle puedo, mi amistad.

Guadalupe.”

Lupe, sin mirar á su madre, puso la carta en el sobre ya rotulado y timbrado, llamó á Paula, y le dijo:

—Pón esta carta en el buzón.

Doña María observó cuidadosamente los movimientos de su hija, y exhaló un profundo suspiro.

VIII

Es el quince de Septiembre, víspera del gran día en que se celebra la independencia de México. Reinan en la ciudad la animación y la alegría. Inunda el jardín Hidalgo la luz de los focos eléctricos, tremolan las tricolores banderas enarbola-

das por todas partes, y la música toca una rumbosa marcha militar. La Plaza de Armas es muy pequeña para contener á la entusiasta multitud, y la gente que inunda las banquetas trabajosamente pretende andar. En la calle de “Tres Cruces” hasta frente á la Catedral, agítase una masa compacta por sobre la cual sólo se distinguen sombreros de petate y cabezas cubiertas con rebozos. Vénse, aquí y allá, gendarmes de a pié y algunas parejas de la gendarmería montada, todos despliegan mayor vigilancia que en los días ordinarios. Los balcones del palacio del Poder Ejecutivo están totalmente ocupados por elegantes señoras y señoritas, tras de las cuales distingúense los caballeros que las acompañan. De vez en cuando, uno que otro “viva” sale de la multitud: ya vitorean á Hidalgo, ya á México; ora á la Virgen del Patrocinio, ora al Gobernador. Una voz juvenil, de alguien, quizá más impresionado con la femenina belleza que con las glorias patrias, grita con todas sus fuerzas:

—¡Vivan las bellas!

En el balcón del centro del palacio, entre un grupo de aristocráticas jóvenes lujosamente ataviadas, y en cuyas gentiles cabecitas la caprichosa moda ha colocado sombreros de extrañas y artísticas

formas, magníficamente adornados con ricas plumas ó gayas flores, destácase la altiva rubia de soberano atractivo. Lola, á su lado, conversa con ella, acompañando la voz de los más expresivos ademanes.

—Mira, le dice María Teresa interrumpiéndola.

Pimpollo, que se dirige á Palacio, no puede, á pesar de sus desesperados esfuerzos, abrirse paso por entre la multitud que por largo rato forma ante él inexpugnable baluarte, y ávido de contemplar á su Lola, mientras pasa aquella tumultuosa turba, encarámase en un banco de la plaza. Allí está en arrogante actitud, como si brotase de entre los anchos sombreros que le rodean: la mano del arqueado brazo en la cintura, y los dedos de la diestra juegan coquetamente con un bastoncito de plateado puño: en la solapa de la levita lleva una gardenia. Lola, al volver el rostro hacia él, se sonríe y mueve la cabeza.

—Mira, compadre, dice un barretero á otro agitando la mano hacia atrás y señalando á Pimpollo con el pulgar. Está electrizado por los focos de los balcones.

—No, compadre, es astrónomo y está contemplando los astros.

El popular rumor que se escucha por

todas partes cesa de improviso, ha sonado la primera campanada de las once en el reloj de la Catedral; todos vuelven los ojos al balcón del Palacio, donde en medio de María Teresa y de Lola aparece el Gobernador con la bandera nacional en la mano.

—“Conciudadanos: grita con vibrante voz.

Hoy celebramos la gloriosa fecha en que el humilde anciano de Dolores, desafiando el poder ibero, dió el grito de Independencia que repercutió sonoro hasta el último confín de México. Veneremos la memoria del insigne caudillo de la Independencia, de los colaboradores de su patriótica obra y de los continuadores de ella entre los cuales ocupa altísimo lugar el héroe de la paz, el insigne General Presidente de la República, Porfirio Díaz.

¡Viva Hidalgo!

¡Viva México!

¡Viva la Independencia!

¡Viva el Ilustre General Porfirio Díaz!”

—¡Viiiiiiii.va! responde el pueblo.

Mientras el Gobernador tremola la bandera, confúndese con el aplauso general, el apagado que producen las pequeñas manos enguantadas de las señoras y señoritas que llenan los balcones. Las sonoras

campanas de todos los templos lanzan un repique á vuelo que alegra y entusiasma los corazones, y la música toca el hermoso himno nacional que los concurrentes escuchan en pie y con la cabeza descubierta.

Poco después el pueblo se desborda en pelotones por las calles, corriendo, silbando y gritando impelido por feroz alegría.

Pimpollo, arrastrado por una ola de aquel encespado mar humano, puede difícilmente llegar á la puerta de Palacio, sube corriendo la escalera, ávido de entrar al salón y hallarse cerca de su Lola.

El moreno semblante de Lupe, de exquisita suavidad y frescura, y siempre bañado por la inofable luz de aquellos ojos negros, está ahora ligeramente pálido: es más suave el purpúreo color de sus labios, y el correcto busto, aprisionado bajo irreprochable talle, podía servir de modelo al más diestro pincel. Al entrar del balcón con paso tranquilo y majestuoso, que revela un carácter lleno de nobleza y dignidad, Guillermo, que conversaba con otros jóvenes, corre á ofrecerle el brazo que Lupe acepta dándole las gracias con una sonrisa.

—Sentaré á usted junto á su mamá, le dijo.

—Sí Guillermo.

Apenas se había sentado Lupe, sentáronse junto á ella dos jovencitas, más graciosas que bellas, una de las cuales ese mismo día, por primera vez se había vestido de largo: eran Mercedes y Anita Minjares, hijas de Don Ignacio, el dueño del almacén donde trabajaba Guillermo. Saludaron cariñosamente á Lupe, á quien conocían bien aunque no la visitaban, y luego trabaron conversación con ella.

—He estado contentísima, dijo Anita; ¡Cuánta animación, cuánto regocijo! Y hoy me vistieron de largo, Lupe.

—Y está usted muy simpática con su primer traje de señorita.

—¿Le parece á usted que me sienta bien?

—Perfectamente.

—Todo el día, dijo Mercedes, se ha visto en el espejo esta locuela. Antes de salir de casa la sorprendí de espalda al tocador, dando pasitos hacia adelante y volviendo por sobre los hombros la cabeza hacia uno y otro lado para mirarse el traje que tocaba al suelo.

—Es muy bonito vestirse de largo. He observado que los jóvenes me miran más, mucho más que antes.

Doña María sonreía y contemplaba con ternura á Anita, recordando quizá el

primer vestido largo que ella había puesto á su Lupe.

—Mire usted, Lupe, murmuró Mercedes, mire usted qué tipo, y señaló con los ojos á Pimpollo que conversaba con Lola y contagiado con los expresivos ademanes de ésta, inconscientemente los remedaba; si Lola reía, reía Pimpollo; si aquella hacía un gesto, éste hacía otro, y si la nerviosa joven guiñaba un ojo, su amarelado galanteador guiñaba otro, y algunas veces hasta ambos.

—Mercedes, dijo Anita, tirando con el pulgar y el índice, de la falda del lujoso traje de su hermana. Allí está Guillermo, no aparta la vista de María Teresa.

—Es mucha mujer para él, dijo Mercedes observándole.

—¿Por qué? preguntó Lupe.

—Está esperando que el más poderoso príncipe de la tierra, rendido de amor venga á pedir su mano.

El Lic. Cortés saludó con la mayor finura posible á María Teresa y contentose con verla de lejos, pues notó que las miradas de la arrogante rubia y de Guillermo se encontraban constantemente. Reservó en lo íntimo de su pecho su despiadada venganza y dedicose por entero á obsequiar al Gobernador. Habíase á las diez servido nieve á la concurrencia, ahora iba

á servirsele "champagne." Oyese el trueno del tapón de la primera botella abierta, y los jóvenes apresúranse á servir de escanciadores. Ernesto ofrece la primera copa al Gobernador, quien galantemente dice que se sirva primero á las señoras, y él mismo acompaña á uno de los grupos que se esparcen por el salón para obsequiar á los concurrentes.

Alfonso acércase á Lupe, coge de la charola de plata una de las copas llenas y le suplica que la tome, y volviéndose á Doña María, á Mercedes y á Anita les dice:

—Ustedes tendrán la bondad de acompañarla, y dióles una copa á cada una, Anita fué la primera en dar las gracias.

—Buena salud, dijo Lupe, dirigiéndose á Mercedes y á Anita y chocando la copa contra la de éstas, y luego también contra la de Alfonso, apuró el "champagne" sin siquiera mirar al joven.

—Gracias, dijo Alfonso suspirando y retiróse.

—¿No tradujo usted ese suspiro? preguntó Mercedes á Lupe.

—No.

—Pues yo sí.

Lupe guardó silencio.

—Mercedes, dijo Anita; quién es

aquél señor de anteojos que platica con el Gobernador?

—Don Germán, un abogado notable, según dicen; pero muy avaro.

El Lic. Cortés al lado del Gobernador, con la copa en la mano y rodeado de varios de los concurrentes, pronunciaba un brindis, en que cada palabra era una lisonja para el gobernante, que no hacía más que sonreírse, pues tan grande es el poder de la adulación, que aún á los hombres de juicio y de talento arranca una sonrisa de placer. Lo saben bien los aduladores y aprovechan á las mil maravillas este conocimiento.

Pimpollo fué el primero en aplaudir á Ernesto, y éste, agradecido, ó quizá por decir algo comprometió al joven á que brindara por el Gobernador. El pobre de Pimpollo, que en presencia de su Lola solía ser locuaz y hasta chispeante, y que delante de sus amigos algunas veces no carecía de elocuencia, sintióse turbadísimo. ¿Qué iba él á decir á un Gobernador? pero no había excusa posible, era necesario decir algo, y después de gesticular y fragar saliva, levantó en alto la copa:

—Brindo, dijo, por el digno Gobernador del Estado, á quien todos queremos mucho, mucho..... muchísimo; y es

tan cierto que yo soy su sincero admirador, como es verdad que en este solemne momento le tiendo mi mano derecha. Dijo Pimpollo y tendió la mano izquierda, pues en la derecha sostenía la copa que apuró luego, mientras reían en coro los circunstantes, con excepción del Gobernador que conservó toda su gravedad.

—Lupe, preguntó Anita; ¿pasan mañana por su casa los carros alegóricos?

—No, dijo Mercedes, por la nuestra, que es la de ustedes, sí pasan. Tendremos el gusto de que los vayan á ver ustedes allá.

—Sí, sí, dijo Anita; pues es imposible que dejen ustedes de verlos. Las esperamos.

—Gracias, con gusto iremos.

—Vámonos, mamá. Guillermo se despidió ya; con él venimos y es seguro que viene ya por nosotras.

—Buenas noches, dijeron Doña María y Lupe, despidiéndose de las Minjares.

En esos momentos, Guillermo, que había hablado mucho con María Teresa, se despedía de ella. El semblante del joven irradiaba de alegría y brillaban sus ojos como si el fuego del corazón se derramara por ellos.

—¿Qué pasa? ¿qué tiene usted? preguntó Lupe.

—¡María Teresa me ha correspondido!